

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8595

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras, de fácil cobro.—Corresponsales en París: E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Sábado 21 de Junio de 1890.

¡NO MAS VIRUELAS!

En vista de los felices resultados obtenidos de la inoculación de la linfa vacuna procedente del Instituto de Murcia, se han traído cristales para la venta en la farmacia de la Sra. Viuda de Martí.

Para mayor seguridad se renuevan cada 15 días. Precio 3 pesetas. Mayor 28.

DE VIERNES A VIERNES

Madrid 20 de Junio.

¡Looado sea Dios!... ¡Al fin han terminado los festejos populares!—Háles puesto *digno remate*—según han dicho todos los periódicos,—la *Florida*, que digan lo que quieran sus patrocinadores ó *latrocinadores*, puesto que con ella nos han robado el tiempo lastimosamente—ha resultado una papa monumental, *digno remate* de todas las fiestas celebradas, más propias de Villamelón que de la Villa y Corte.—Estuvo el desfile, según han repetido por ahí sus admiradores, *lucidísimo*. No diré yo tanto, porque tratándose de una procesión de locos, es más propio decir que tuvo momentos de *lucidez*.—Tomaron parte en la cabalgata distinguidos jóvenes y damas también muy distinguidas. Porque aquí seremos pobres ¡pero sabemos distinguir!

Disfraces hubo muchos: algunos *caprichosísimos*, como el de Felipe Ducazal, *vervi gratia*, que iba á la oriental, con un turbante que turbaba á cualquiera. Bastantes concurrentes cabalgaban en humildes pollinos, que es lo que más abundó en la fiesta, porque dicho sea sin ánimo de ofender á nadie, asistieron á ella casi todos los horriquitos de Madrid.

Terminadas las fiestas todo sería hoy júbilo en la gran Toledo, si el cólera nos permitiera entregarnos al descanso.

Afortunadamente parece que los casos sospechosos de Málaga, de que han venido hablando *El Liberal* y otros diarios de la mañana, no han sido más que unos *casos*... y cosas como los que suele inspirar Gedeón al apreciable colega.

Lo de Valencia tampoco parece que debe inspirarnos cuidado. Los valencianos, al menos, están muy valientes, cosa natural y lógica, porque es claro que en Valencia tiene que haber *valentía*.

De modo que va renaciendo la tranquilidad y volvemos á acariciar la esperanza de que si nos morimos lo haremos tranquilamente, en el propio lecho, rodeados de la familia, sin ver arder nuestra casa y encerrados á nuestros parientes en algún barracón de las afueras.

Esta y no otra es la prudente conducta que todo el mundo debe seguir, porque en estas circunstancias lo peor es preocuparse y hacer caso. Por si acaso, ó por si hay casos, el gobernador Sr. Aguilera, que casi es padre nuestro... *adoptivo*, está *adoptando* muchas medidas y precauciones que con toda mi alma deseo que resulten inútiles.

En las inmediaciones de la Plaza de Toros, están construyendo un campamento para los que vayan cayendo.

La elección del sitio me parece oportuna y habrá muchos que por su afición al redondeo se quedarán de buena gana en el *sitio*. Los enfermos podrán animarse oyendo las broncas de la Plaza, y á los coléricos dóciles podrá prometéseles que la primera vez que dejen el lecho se les permitirá asistir á una *corridita*. Con lo cual se tendrá adelantado mucho, porque yo estoy seguro de que la mitad de los que se van al campo santo no se morirían si se les hiciese semejante prome-

sa, y que sanaría la mayor parte por el gusto de ver nuestro espectáculo nacional.

Alguien ha dicho que se piensa en convertir en Hospital el palacio de Bellas Artes, que sería un disparate, á juicio mío: porque estando tan inmediato el Hipódromo, es muy posible que el cólera se propagara, ó por lo menos, que quisiera *correrse*, ó que nos corriera á nosotros, que debíamos tener más *peso*, porque estamos bien *corridos*.

Si el mal nos invade—¡vade... retro!—creo que ningún sitio más á propósito que la administración de correos para instalar un Hospital: porque es indudable que llevando allí al cólera... ¡llegaría tarde á todas partes!

Toda la prensa ha dicho que el Gobierno ha acordado premiar en dos millones y un título nobiliario al insigne Peral. Si la noticia se *confirma*, merece mil, más de mil, dos millones de plácemes el Gobierno, porque en nada mejor que en premiar el talento de sus hijos ilustres, puede emplear España el poco dinero que le quede. Si la noticia no llegara al segundo sacramento, es decir á la confirmación, mereceríamos que nos rompieran el primero, ó lo que es igual, el bautismo. Es sensible que nuestra falta de recursos impida que aquella cantidad sea mayor, pero en fin, por algo se empieza. Hay aquí personas capaces por los dos millones de descubrir otro mundo, y si ya no hay ninguno que descubrir... ¡de inventarlo! y van á ver ustedes los inventores que al gran aliciente de aquella recompensa, nos van á salir ahora!

Termino esta crónica. Agradézcanmelo ustedes, si con ella les dejo *fríos*, porque con estos calores un cronista que deja *fríos* á los lectores es una ganga: y por mucho que les desagrade llévenlo con calma y ¡por los clavos de Cristol no monten en cólera.

El Corresponsal.

LA DELGADEZ Y LA OBESIDAD.

Muchísimas personas confunden lastimosamente la robustez con la obesidad, y la delgadez con la falta de salud.

Suponiendo una regular normalidad (aun cuando no caben interpretaciones para los «*términos medios*» en esto) tratándose del hombre en estado de salud, «*á priori*» sin establecer comparaciones de personas, aquellas satisfacen más al médico que éstas. Téngase en cuenta que nos referimos á una obesidad lo suficientemente insinuante para que calificásemos de «*muy gruesos*» á los individuos que «*la padecen*».

Estos, después de estar expuestos á padecimientos diversos, y suponiendo que su obesidad no represente ya la «*polisarcia*», son unos desgraciados, y resultan casi incompatibles con la sociedad, que les mira con lástima.

Llenas de grasa las vexículas adiposas, convertidos en almacén grasoso, y con un enorme repuesto de «*combustibles*», que será inapreciable para los casos en que se necesita el gran apartado de «*reserva*», pero que constituye una carga abrumadora, que hasta imposibilita el ejercicio, los goces de sociedad, la calma de espíritu, las posiciones medianamente cómodas creando molestias sin cuento y dificultando funciones importantes de la naturaleza, estas personas viven poco y mal.

Observemos un individuo delgado, muy delgado; no tendrá motivos para hallarse satisfecho; le asediara la tisis, quizás, se le insubordinarán los nervios; le amenazará la anemia, dispepsia, etc., y tendrá la resisten-

cia de un niño, pero compárese con el obeso, y las ventajas estarán de parte del flaco.

Para consuelo de los obesos diremos que la «*polisarcia*» ó obesidad llegada al último límite, poco menos que á la monstruosidad, que es tan desagradable y funesta, es rara.

Por otra parte, hoy se «*racionan*» científicamente y con ventaja á estos individuos, y no es infrecuente obtener resultados positivos.

Ni es conveniente la privación absoluta de feculentos, extremo á que se ha llegado, ni hay que confiar en la abstinencia y en el abuso del agua. A un obeso le daremos carne, «*mucha carne*, poquisima sustancia féculenta», y muy poca agua.» El agua aumenta la obesidad en estas personas; la carne la disminuye; por lo menos no ha de aumentarla.

Nos referimos á la carne sin grasa. Se ha abusado al recomendar mucho ejercicio y muchos ácidos. Antes que aquel habremos de tener en cuenta la vida cerebral, la esfera de lo psíquico, la reacción nerviosa, que tanta influencia tiene en las combustiones orgánicas.

Un pensamiento, un halago nervioso, una influencia en lo anímico, pueden dar por resultado que se «*queme*» más combustible (elemento grasoso) que por un monótono y aburrido paseo, que después de ser marcadamente insuficiente, lo lleva á mal la imaginación.

Los ácidos pueden disminuir la obesidad; más fácilmente disminuyen la salud, creyéndose entonces que aquella, no esta, cede, téngalo en cuenta el bello sexo.

Si nuestro pueblo meticuloso, impresionable y sibarita, se preparase con la gimnasia, la natación, la hidroterapia, la caza, los ejercicios militares, la equitación, los trabajos de huerta y de jardín ó de diversas artes, en tempranas edades, á defender su organismo asediado de continuo por causas internas y externas, disminuiría el número de obesos.

Preciso sería que se tradujese también en precepto práctico la siguiente máxima: «*contra la gula sobriedad*».

EL SOL ESTÁ FRIO Y HABITADO.

M. Stevern M. Allan, astrónomo distinguido acaba de publicar en la revista titulada *Arena*, un artículo en extremo curioso, sosteniendo la teoría de que el sol es frío y de que probablemente está habitado.

La idea de M. Allan no es fantástica, sino que se encuentra apoyada en descubrimientos y en ideas eminentemente científicas.

Existe una nueva materia llamada «*actien*» parecida al éter, y que consiste en la energía sobrante de los soles centrales.

El «*actien*» es un fluido imponderable que por sí sólo no desarrolla calor ni luz, pero que produce luz, electricidad, calor y magnetismo al encontrarse en contacto con el éter.

El «*actien*» flota en grandes cantidades por el espacio y entra por muchísimo en la formación de ésta.

La luz y el sol, por lo tanto, no son cosas que envían el sol, sino productos de la combustión que resulta al entrar el «*ac-*

lien» en la atmósfera terrestre, donde se encuentra con el éter.

El atrevido astrónomo que tan valientemente ataca la fama del sol, dice no sin traza de fundamento: «*Cómo hemos de seguir creyendo que el sol emite directamente luz y calor cuando á medida que nos acercamos más á él aumenta el frío de la atmósfera, y á siete millas sobre la superficie de la tierra los rayos del astro á cuyo alrededor giramos son tan débiles que el sol parece una luna de color cobrizo?*»

Y la verdad es que todos los astrónomos están de acuerdo en que el frío de los espacios etéreos es inmensamente mayor que el del hielo, y esta es una verdad que apoya el testimonio de los aeronautas y de los viajeros que han hecho ascensiones á las montañas más altas del mundo.

El sol, según Mr. Allan, es por consiguiente según todas las probabilidades, un astro habitado; con una atmósfera poco más ó menos como la nuestra, y sus famosas manchas no son más que inmensas nubes que se interponen interceptando el influjo del «*actien*».

La humanidad se ha pasado la vida haciendo una reputación inmerecida al sol que ahora resulta un astro vulgar, sin luz, ni calor, ni nada que valga la pena de adorarle ni dedicarle odas.

No paran ahí las teorías de monsieur Allan.

Cree también este innovador que el «*actien*» al encontrarse con el éter, además de luz, calor, electricidad, y magnetismo, produce una sustancia atómica y molecular que flota en el espacio, hasta que obedeciendo á las leyes de la atracción, forma un cuerpo cuyo volumen va aumentando gradualmente y que gira sobre su eje.

La luna es un cuerpo formado de esta suerte y que ahora se halla en la infancia, en vez de ser un mundo gastado y viejo como se cree.

De igual manera y por idénticos procedimientos se formó la tierra, que tuvo en su favor grandes presiones y cuyos vapores acuáceos contribuyeron grandemente á dotarla de atmósfera.

La tierra ha sido un fenómeno de circunstancias favorables para su formación y crecimiento, y bajo este punto de vista no tiene que envidiar al sol ni á la luna, ni á las estrellas ni á nadie.

Podemos estar orgullosos de nuestro planeta.

Varietades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

TELEGRAMA

Charada

Un *tercera dos* decía en el *figón de la Puerta*; cuando por mi *calle-pase* con su *una dos tres* Malena, como *sabe que me muero* por su *estampa zandanguera*; *primera segunda* siempre y yo salgo para verla.

La solución en el número próximo.

T.